

VÍCTOR CONDE

HIJA DE LOBOS

minotauro

NOTA DEL AUTOR

Al escribir este libro he preferido rehuir la concepción hollywoodiense del licántropo, esto es, la bestia que cambia de forma bajo el influjo de la luna llena y sólo puede ser herida con armas de plata y por alguien que la ame realmente. Tras hacer una investigación en textos medievales y acudir a expertos en folclore europeo, me di cuenta de que esos atributos (la luna, la plata, la licantropía transmitida a través de las heridas) son realmente un invento del cine moderno. El hombre lobo europeo sobre el que versan las leyendas no obedece a tales cánones, no está vinculado a semejantes restricciones.

Toda la información sobre la maldición de la licantropía expuesta en este libro es real, así como sus orígenes y las formas de enfrentarse a ella. Al menos, es tal y como lo entendieron los eruditos de la Edad Media, verdadera tierra de lobos...

PRIMERA PARTE

EL CICLO DE LA LUNA

*Soy un hombre. Y por lo tanto
tengo dentro de mí todos los demonios.*

GILBERT CHESTERTON

EL CANTAR FEROE DE VOELUND (VOCES DEL LEJANO NORTE)

Extraído del *Organon Maleficarum*, capítulo 17, título IV,
revisado por Montage Kegan

V fue que en el tercer invierno después de la prodigiosa Aurora Boreal de friggolh, cuando el aliento de las ballenas se alzaba tan cerca de la playa que sus lágrimas llovían sobre las casas de los pescadores, el hijo de un ballenero se internó en el bosque para talar árboles, pues agujereada había quedado su barca en la lucha contra un narval y tenía que reponer la madera.

No transcurrió mucho tiempo hasta que el joven, llamado Voelund, encontró un sitio de árboles blancos que eran más altos y rectos que la mayoría, cuya madera flotaba mejor sin ser untada de brea que con los tibios aceites. Voelund alzó el hacha, pero antes de que pudiera descargar el primer golpe, un aullido estremecedor le heló la sangre.

Preocupado por la cercanía de fieras, olvidó su intención de derribar el árbol y trepó por él, llegando hasta las ramas más altas, pues pensó que ningún animal podría alcanzarlo allá arriba. Para su sorpresa, desde lo alto pudo ver algo que destacaba entre la fronda: la columna de humo que brotaba de una chimenea, en una casa solitaria sita en medio de un calvero. Va anochecía, y Voelund

se sintió atraído por la promesa de un refugio y unas paredes que lo separasen de las fieras. Así que bajó del árbol y, sin temer ningún mal salvo el que vaticinaba aquel espeluznante aullido, se dirigió al calvero.

La casa parecía habitada, aunque era tan antigua que bien podría haber estado allí cuando los primeros balleneros, en tiempos de sus antepasados, se arriesgaron a remontar los fiordos. Una sensación de temor se apoderó del joven, que blandió el hacha con ambas manos, pues algo en aquel lugar sugería que lo rondaba la muerte. Tocó tres veces en la puerta, pero nadie respondió. Había leña esparcida por doquier y restos de animales muertos bajo las ventanas. Voelund se asomó a una de ellas y vio a dos hombres en el interior, durmiendo desnudos bajo unas pieles de lobo.

De nuevo vibró el bosque con el terrible aullido, y de nuevo se encogió el corazón del ballenero. Sin esperar invitación, abrió la puerta y se refugió en la casa. Ninguno de los hombres advirtió su presencia, pues siguieron durmiendo plácidamente.

Hacía mucho frío en el interior de aquella cabaña, incluso más que en el ventoso exterior. El hogar estaba apagado (¿de dónde procedía el humo, entonces?), y el montón de ceniza escarchada sugería que no había conocido fuego en mucho tiempo. Aterido, Voelund apiló unos troncos y trató de encenderlos, sin resultado. Se preguntó si aquellos hombres tendrían tratos con la brujería, pues ningún ser humano podría dormir desnudo en semejante lugar sin morir congelado. Pero aunque tenía miedo de despertarlos y enfrentarse a ellos, más fuerte era el temor de abandonar la morada, pues algo parecía estar rondándola por el exterior, una sombra oculta entre los árboles.

Como no tenía otra manera de calentarse, Voelund descolgó una de las pieles de lobo de la pared y se la echó sobre los hombros, confiando en que el pelaje del animal le transmitiera parte del vigor que poseyó en vida. ¡Crá-

gico error, *at skípta hómum, eigi einhamír!*¹ Ese gesto fue la perdición del joven, pues una vez se vistió con la piel del animal ya nunca más se la pudo quitar, y profundos y poderosos cambios comenzaron a suceder en sus entrañas.

Uno de los hombres despertó como de una larguísima pesadilla, aquel que dormía bajo la piel que escogió Voelund. No había rencor en sus ojos, sino la más profunda gratitud.

Cuando vio al joven que le había robado la piel, cayó de rodillas y así le habló:

El hombre desnudo:

*Alabados sean los dioses
que pintan de nieve los montes y de espuma las olas
alabadas las estrellas y el círculo de las letanías
pues en sacros fiordos atesoran mi nombre
y pronto lo devolverán a las tierras baldías.*

*Sea elhamr² devuelto a su dueño de oscuras fauces
o custodiado por otra alma demente
pues la sangre que calmó mi sed hierve
la ira inflama los nervios de fiebre
y profundos dolores laceran mi vientre.*

*Yo que pensé elevarme
coronado de goces inmortales
y me creí feliz por la gloria haber alcanzado
Extraviado en el dédalo de monstruosidades
por el insensato libro de mis actos seré juzgado.*

Dicho esto, el hombre se desplomó sin vida. Voelund sintió que su cuerpo se estremecía de horror, pues la lóbreguez del *varga mor*³ había caído sobre sus hombros, y sentía cómo el espíritu del animal lo estaba llamando.

El joven no regresó aquella noche a su aldea, ni la noche siguiente, ni ninguna otra. Partidas de cazadores que salieron del pueblo dijeron haber entrevisto a dos bestias corriendo entre los árboles, los ojos inyectados en sangre y la baba manando de sus fauces, buscando cualquier ser vivo sobre el que descargar la ira. Durante años, los hombres de los fiordos trataron inútilmente de darles caza, hasta que un día una joven encontró a un muchacho durmiendo bajo un roble. Junto a él había una piel de animal colgada de las ramas. La joven sustrajo esa piel y, sin llegar a ponérsela sobre los hombros, la quemó en una hoguera.

Grande fue su sorpresa cuando el joven despertó y se interpuso entre ella y un lobo terrible que merodeaba por las cercanías, matándolo tras una cruenta lucha. El joven, que dijo llamarse Voelund, le preguntó en qué año estaban. Al enterarse de la fecha rompió a llorar, pues más de un siglo había pasado sin que su carne envejeciera. Tan sólo podía recordar una larga y atroz pesadilla de cuerpos mutilados y presas sangrantes.

El ballenero se casó con la muchacha que lo había rescatado, y ella le dio muchos hijos. El séptimo, que nació varón, fue bautizado con el nombre de Valk y apadrinado por su hermano primogénito para evitar que se transformase en lobo, como mandaba una antigua costumbre...

I

COSTAS BAÑADAS EN NIEBLA

Recuerdo... – Un sueño pavoroso – El último barco parte de Rhum, dejando unos inesperados viajeros – La mansión que habitó la memoria de los días antiguos – Un sobresalto inesperado – Una joven hermosa y su extraña forma de comunicarse

1

Recuerdo...

...Que yo también fui joven, una vez. Pero hace mucho tiempo de eso, tanto como para que el tiempo mismo se convierta en guardián y en consejero. Jamás en censor, y contra eso he tenido que luchar en más batallas de las que recuerdo.

Hubo mucha gente, sobre todo en aquella época, que quiso acallar lo que pasó, sepultar bajo paletadas de tierra unos hechos que destrozaron muchas vidas y marcaron las de los que sobrevivieron para siempre. Pero ¿debo permitir que su opinión sea la que triunfe? ¿Debo dejar sin contar esta historia, aun cuando sé que la tildarán de increíble y de sangrienta? ¿Debo gritar a los cuatro vientos aun cuando sé que me llamarán loca?

Puede que esté loca, en estos días en los que la cordura es la excepción y no la norma. Pero todavía no estoy senil, mi mente sigue siendo mía, para bien o para mal. Aún recuerdo, al cerrar los ojos, las imágenes que vio aquella adolescente; imágenes de un mundo nuevo, un paraíso que ocultaba más dragones que princesas. Pero de eso me terminaría dando cuenta con el tiempo.

Yo, una joven francesa con apellido inglés, por haber nacido de un padre emigrante. Una joven que no sabía nada del mundo, pero que estaba a punto de aprenderlo (sobre todo lo referente a su lado más oscuro) por las malas...

Así comienza mi diario. Con una barca que llega a la isla de Rhum. Para hacer realidad el sueño de un hombre, mi padre... y destrozar los míos.



Creo que todo empezó con el mar de hierba.

Siempre comenzaba así, en realidad, con hierba dorada y viento. Y una mano invisible que iba apartando poco a poco los tallos del color del sol para revelar lo que había debajo. Yo me sentaba en el suelo, con las piernas cruzadas, y contemplaba en silencio cómo se levantaban las semillas en lentas olas, en una marejada de luz petrificada, de gemas brillantes y vaporosas. Al fondo del cuadro, la prueba de que eran los óleos de un sueño: unas montañas de hielo que surgían de un mar embravecido frente a una playa.

La primera vez que lo vi fue siendo muy niña. Ni siquiera sabía contar los años, aunque tuviera dedos más que suficientes. Donde vivíamos no había mares de hierba ni playas cuya piel pudiese desdoblarse al viento a su capricho. Sólo bosques, y ardiellas, y mucha humedad. No sé cómo pude imaginar con tanto detalle aquel paisaje sin que nadie me lo hubiese descrito con anterioridad, ni por qué se me antojaba tan familiar. Era como si... perteneciese a un lugar muy distinto de donde me había tocado nacer, y ese santuario me estuviese llamando, gritando mi nombre. Reclamando mi alma.

Con su canción.

Oh, cómo he llegado a odiar esa canción. Con el tiempo aprendí a convertir mis dedos en números, y después a prescindir de ellos, pero la música seguía allí, diciéndome algo. Urgiéndome a algo. ¿Qué era lo que el destino me tenía reservado?, pregunté innumerables veces a mis rodillas en los reclinatorios de la iglesia. ¿Por qué esos poderes que esculpían montañas heladas en la mar me tenían tanto cariño?

En una ocasión, cuando el sueño se prolongó lo suficiente para que el viento retirase la hierba y me permitiese ver qué escondía, creí entenderlo. Al fin pude ver qué había estado yacien-

do a mis pies desde que era niña, a menos de un metro pero a toda una pesadilla de distancia. Me costó identificarlo por su color bilioso y ligeramente brillante, como si el roce de la hierba lo hubiese pulido dándole la textura del marfil.

Nunca antes de aquel día había visto un esqueleto humano.

2

Ninguno de los dos marineros parecía saber quién tenía que echar la amarra ni quién debía recogerla. Al cabo de un rato se pusieron de acuerdo, después de protestar en su raro idioma de consonantes anudadas y de correr de un extremo a otro de la chalupa, zarandeándola tanto que creí que íbamos a volcar. La madera crujía bajo mis posaderas como si la mixtura de salitre y antigüedad, más que los clavos, fuera el engrudo que la mantuviese entera.

De haberme caído al agua, en realidad, tampoco habría corrido peligro de ahogarme. Me di cuenta después, cuando mis pies tocaron la arena y la falda parecía una campana mojada que pesaba más que yo. La chalupa se acercó tanto a la playa como para que los marineros pudiesen saltar sin peligro y atar la soga a una roca. Padre los contemplaba en silencio, esperando a que cada cual concluyera la tarea para la que había sido entrenado, y luego nos ayudasen a bajar las maletas.

Él mismo se encargaría de llevar en brazos a Isaiah, cosa que me disgustó. ¿Con tanta tranquilidad dejaba a su hija en manos de aquellos brutos, que no sabían tocar nada sin hacerlo pedazos, y reservaba el cálido espacio de sus brazos para el fardo de mi hermano? ¿Es que no había respeto hacia las cosas delicadas en este mundo?

Llegaron más chalupas, borrones de madera sucia en las olas. El barco que nos trajo desde Normandía levantaba los mástiles en el horizonte, allá donde la prudencia de su capitán le permitió atracar. Parecía un recortable negro y agujereado, de esos que el aya me enseñó a hacer de pequeña, con el nombre amurado en verde: *Enchanted*. Una bañera maloliente y desordenada, llena de hombres igual de sucios y desmañados.

Me dejé caer sobre las posaderas en la arena, mientras el

marinero me dirigía un torpe «ir a ayudar» en una burda imitación del *patois*. Era consciente de que cuando me levantase ni las enaguas se iban a librar de la costra de arena mojada, pero a esas alturas todo me daba igual.

Vi cómo Padre depositaba al desecho escuálido y retorcido que era Isaiah en una esterilla, lo tapaba pulcramente con una manta y luego me miraba para comprobar que todo iba bien. Le devolví la sonrisa. Sí, por qué no iba a ir bien, con toda la familia desembarcando en esta condenada playa, fría como el hielo, abrazada por espigones que parecían ramas entretrejidas de barro y sin el menor rastro de civilización.

Volví la cabeza hacia el interior de la isla, para fijarme por primera vez en el paisaje que nos ofrecía nuestro nuevo hogar. Hasta aquel momento había evitado ese contacto visual, como un medio de defensa contra la idea de que la mudanza a Rhum era inevitable. Me refugiaba en la esperanza de que si no miraba a la isla, la isla no me miraría a mí. Pero la situación había cambiado. Desde el momento en que mancillé la tierra con mis enaguas, ella sabría sin asomo de duda que yo estaba presente. No podría refugiarme nunca más en el anonimato.

Por eso estiré el cuello y recorrí el horizonte con la mirada, para asimilar de una vez por todas qué clase de lugar horrible era mi nueva casa.

Padre había elogiado en diversas ocasiones la belleza del Rhum Cullin, la montaña doble que dominaba el centro de aquella masa de tierra. Sin embargo, al ver ese par de riscos amasados por unas manos titánicas, corvos y simétricos como los pechos de una mujer, no encontré belleza en ellos, sino inquietud. No sé por qué, pero al verlos medio sumergidos en un banco de nubes espesas, siluetas apenas insinuadas entre cortinas de lluvia, se me antojaron dos gigantes dormidos que esperaban el momento ideal para alimentarse de todas estas insensatas criaturitas que se amontonaban a sus pies.

Rhum Cullin, el peñón de la bruma, lo llamó en una ocasión un marinero. Y había algo más que respeto en su voz.

Había miedo.

Las barcas encallaron una detrás de otra en la playa, formando una hilera precisa, como si a la arena le hubiesen salido colmillos. En una de esas barcas venía la posesión más querida de Padre, un arcón sellado con candados y siete férreos cinturones que contenía sus preciados libros, tomos vetustos que se ha-

bía traído de sus viajes a lo largo y ancho del mundo. Él mismo se encargó de supervisar el desembarco del arcón, al que trató con más delicadeza que a Isaiah, extremando las precauciones para que no lo empapase el agua. Padre solía decir que no era nada sin sus libros, y yo me preguntaba si diría lo mismo de su familia en caso de que algún día faltáramos.

El paraguas de Madre se volvió del revés unos segundos antes que el de mi abuela (a mí me gustaba llamarla aya), y aunque las pobres mujeres luchaban por mantenerlos abiertos con una mano mientras se recogían los faldones con la otra, ninguno de los marineros acudió en su ayuda. Habían formado un corro para orinar juntos, apuntando todos hacia el mismo sitio, y mientras dejaban fluir aquello en lo que se había convertido el aguardiente de la noche anterior (cortesía de Padre, en pago por sus «atenciones» durante el viaje), miraban de reojo a las señoras entre comentarios jocosos.

Aparté la vista. Nunca había visto a un hombre desnudo, y si alguna vez me veía obligada a ver... cosas, que no fuera un racimo de ellas colgando al aire, en manos de marineros resacosos.

—¿Estás bien, Sabine? —preguntó Padre. Se me acercó y me echó una mano con la falda—. Por Dios, cómo te has puesto el vestido. No te preocupes, en nada nos pondremos en marcha a la mansión.

—¿Es ésta tu decisión final, papá? —La pregunta me salió de dentro, de lo más profundo del pecho, y había tanta emoción y tanta súplica contenidas que a Padre se le nublaron los ojos—. ¿Vamos a quedarnos aquí para siempre?

Sus cariñosas manos desaparecieron bajo mi barbilla, desanudando el lazo del sombrero y volviéndolo a atar, más fuerte.

—Para siempre es mucho tiempo, hasta para mis proyectos —sonrió—. No; puede que pasemos aquí algún tiempo, unos años tal vez, pero en cuanto encuentre lo que busco regresaremos a Normandía. ¿No era ése el trato?

—¿En serio piensas que lo que no has encontrado en la biblioteca de París lo vas a hallar aquí, en este... trozo flotante de... lo que sea? —Hice un gesto extensivo a la isla y a lo que ésta tenía encima, incluyendo el Cullin, los espigones de barro, lo que parecían unos bosquecillos que pintaban de verde oscuro los yermos, e incluso los marineros.

—El conocimiento no siempre se halla en los libros, hija. A veces hay que salir a buscarlo en los sitios más insospechados.

–Deberíamos hacer caso a mamá y dejar que sean tus ayudantes los que viajen al fin del mundo y luego te traigan muestras de todo a casa –insistí, con un tono entre terco y desilusionado propio de una niña pequeña.

No bastó para ablandarlo.

–Un buen científico debe estar en el lugar donde se halla lo desconocido, para ser él quien seleccione las muestras. Si te fías de tus ayudantes para que elijan hacia dónde hay que mirar y qué merece la pena ser analizado, estás perdido.

–¡Pero...!

–Déjalo estar, cariño. –Dio un último tirón del lazo, como para poner punto y final a la conversación–. Te acostumbrarás a Rhum muy pronto, ya lo verás. Este sitio es precioso; está lleno de rincones muy bonitos para que practiques la poesía.

Madre se acercó con el paraguas vuelto del revés. Ella y la abuela se apoyaban una en la otra como dos cisnes mareados.

–¿Cuándo vendrán a recogernos? –preguntó. Había verdadero cansancio en su voz, más incluso que en la de los marineros que habían descargado el arcón y la pianola de Madre a pura fuerza de brazos. El instrumento de caoba se erguía como un elemento irreal, fugado de un sueño, en medio de la arena–. Porque saben que estamos aquí, ¿verdad?

–Por supuesto. Se intercambiaron señales entre el faro y el barco cuando fondeamos –aseguró Padre. Apuntó con un dedo a lo alto de la colina que dominaba la playa, por donde apareció la silueta de un carromato–. ¡Mira, allí está! Ya sabía yo que el viejo Freys no podía tardar mucho.

–¿Quién es el viejo Freys? –pregunté. Otro nombre nuevo a sumar a la lista.

–El farero. Se quedará unos días más aquí, después de...

Su repentino silencio me preocupó.

–¿Después de qué, Padre?

–De nada, hija. Recoge tus cosas, hay que ponerse en marcha.

El carro se detuvo justo al borde de la playa, pues sus desvencijadas ruedas no podrían aguantar ni un minuto la lucha contra la arena. Los marineros se sacudieron sus... cosas, las guardaron a buen recaudo en los pantalones y se dispusieron a cargar el equipaje. Entre tres de ellos levantaron la pianola, mientras que otro transportaba en brazos a mi hermano con la mayor delicadeza de la que era capaz.

El hombre que conducía el carro nos saludó efusivamente.

No sé cuál de los dos tenía un aspecto más lamentable, si él o el escuálido jamelgo al que le había tocado en penitencia tirar del carro. Freys era más viejo que Padre, de nariz torcida, pelo alborotado de ningún color en particular y ojos que, pese a estar perfectamente colocados, daban la impresión de mirar en dos direcciones a la vez. Y desde luego, le sobraba buen humor.

Padre intercambió con él unos saludos, abrazos y hasta un breve beso en la mejilla. Luego nos presentó:

–Freys, ésta es mi esposa, Sylvain, y mi madre, doña Geneviève. –El farero hizo una exagerada genuflexión sin bajarse del pescante. Se me antojó insoportablemente empalagoso, pero ellas estaban encantadas–. Mi hija Sabine... –La pausa duró lo justo para que mi mano también rozase aquellos labios–, y el pequeño Isaiah.

Freys se inclinó sobre la manta enrollada que era mi hermano y la acarició tiernamente.

–Pobrecito. ¿Lleva así mucho?

–Desde que nació. Pero con suerte encontraré una cura aquí, en estas viejas colinas.

Si al tal Freys semejante declaración le pareció una locura, no lo demostró. Una vez estuvimos todos bien acomodados (es un decir) en el carro, el látigo restalló sobre el pobre jamelgo.

–¿De dónde vienen, de Francia? –preguntó el farero, más por rellenar el silencio que por verdadero interés.

Padre, apoltronado sobre su querido arcón, asintió.

–Yo nací aquí, en Escocia, pero mi familia tiene flema continental –bromeó–. Los niños sólo han conocido los bellos parajes normandos, pero tenía ilusión porque vieran la tierra de origen de su padre.

–Aquí las cosas funcionan de manera distinta –comentó Freys, dirigiéndose a Madre–. Ya lo verá. Las estaciones tienen un aire más frío y no siempre vienen en el mismo orden. A veces se oyen ruidos extraños por la noche, procedentes casi siempre del mar, pero si uno intenta buscarles un origen racional acaba por volverse loco. En fin, las islas son las islas –concluyó.

Madre y el aya cruzaron una mirada inquieta. Padre, por el contrario, no hacía más que asentir, como si suscribiese punto por punto lo que decía aquel loco.

–¿Hay alguna iglesia por aquí? –preguntó Madre, oteando en la distancia. Apenas había construcciones a la vista, y las pocas que veíamos parecían cuartos de aperos o porquerizas a

medio construir. Eso sin contar el faro, cuya espiga blanca sobresalía de los pliegues de otra bahía. La isla ofrecía un aspecto tan desolado que en cualquier momento podríamos tropezar con algún vestigio druídico, un montón de piedras con aspecto de crómlech que brotara del suelo para mordernos las pantorrillas.

—Me temo que de templos andamos bastante escasos —se lamentó Freys—. Creo que el más cercano es el de Mallaig, pero tendrán que alquilar una barca para llegar. Una travesía de un par de horitas, nada más. Hace tiempo lo presidía el pastor Chris Laycock, un hombre joven y bastante enérgico, debo decir. Pero tuvo un problemilla con el consistorio de presbíteros y dimitió de su puesto.

—¿Puede dimitir un pastor? —se extrañó Madre—. Creía que su compromiso con los fieles era inviolable.

—Pueden obligarlo a renunciar si lo que hace o dice no les gusta a los ancianos —respondió con picardía—. Por lo poco que sé, a Laycock le ordenaron investigar el caso de una joven acusada de brujería, pero él se negó, o se puso de parte de ella frente al tribunal... No sé, un asunto muy escabroso. Además, tenía la fea costumbre de llevar sus sermones a extremos... demasiado atrevidos. Actualmente lo tenemos alojado aquí, en Rhum, así que no ha ido muy lejos. El venerable Tobías Tinker¹ se ocupa de la iglesia desde que él la dejó, aunque dicen que no atrae ni a la mitad de público.

—¿Por qué?

—Creo que está claro: no es lo mismo abandonar la calidez del hogar en una fría tarde de otoño para ir a escuchar el sermón de un viejo decrepito que el discurso apasionado de un joven que parece tocado por el Altísimo.

—¿A qué se refiere con que lo tenemos alojado aquí? —preguntó mi abuela, súbitamente interesada en el tema. En sus ojos se veía lo poco que le gustaba la idea de tener que coger un barco para ir al pueblo de Mallaig cada vez que quisiera asistir a un oficio. Pero el asunto del joven orador traicionado por el sínodo empujaba con más fuerza la sangre por sus venas.

—Cuando se marchó de la iglesia no fue a vivir lejos. Cogió una barca y desembarcó en Rhum. Luego se buscó una casa de pastores, de esas que hay desperdigadas por todo el Cullin, y desde entonces vive allí arriba. —Señaló con la barbilla el pico truncado, sobre el que el cielo derramaba un cuenco de nubes—.

En las laderas, como un ermitaño. De vez en cuando baja para comprar algunas cosas en la tienda del faro, que yo mismo regento –apuntó con orgullo–, pero pasa la mayor parte del año aislado allá arriba, entre la niebla. Él sabrá si se pasa las estaciones escuchando a Dios, o si Dios lo escucha a él, o si ambos se ignoran mutuamente y la cosa queda en tablas.

–Hay que ser un poco raro para dejar atrás lo que conforma tu vida y aislarse de esa manera –convino Padre, sin darse cuenta de cómo casaba esa misma definición con lo que él nos estaba haciendo. No se lo recalqué, no hacía falta.

Aprovechando que ya llegábamos a lo alto de la colina, miré hacia atrás y vi partir las barcas, sembrando finos trazos de espuma allá donde los remos golpeaban las olas. Dentro de poco, el *Enchanted* proseguiría con su viaje al lejano Canadá y no se distinguirían sino sus mástiles en la distancia, a punto de ser tragados por la curvatura natural de la Tierra.

Y nosotros seríamos náufragos en una isla perdida, atrapados entre la maldición de mi hermano y la obsesión de mi padre, con tan sólo un pastor loco recluso en la montaña al que acudir para consolarnos.

Mientras me sentía la adolescente más desdichada del mundo, el viejo Freys volvió a reír.

3

Dimos un rodeo bastante largo por la costa, hasta que encontramos una especie de camino y Freys giró hacia el interior de la isla. El pobre animal que tiraba del carro no dio muestras de cansancio en ningún momento, a pesar de que iba siempre con el cuello agachado. Nosotras teníamos las posaderas tan doloridas que apenas las sentíamos.

El tímido sol no bastaba para calentar mi falda mojada, y el salitre y la humedad habían cristalizado hasta conferirle la dureza de la piedra. Temí coger un buen catarro si no llegábamos pronto a algún sitio, el que fuese. ¡Ojalá hubiese venido a recogerlos un cabriolé de esos tan elegantes, para llevarnos a una parada de postas o a un albergue digno de su nombre!

Estaba preguntándome por enésima vez cuándo acabaría

aquel maldito viaje cuando la mansión asomó sus tejados sobre un banco de niebla.

—Allí está —dijo Padre, orgulloso, alzándose sobre el arcón—. Caer Minloch. Nuestro nuevo hogar.

Nos miró para disfrutar de nuestra reacción, que desde luego incluyó el asombro. Hasta yo alcé las cejas, impresionada.

La casa en la que había pasado mi niñez, en Normandía, con sus dos alas de habitaciones, el porche, el jardín secreto escondido en la parte de atrás y los diversos cuartos de aperos, no era ni una cuarta parte de lo que asemejaba ésta. La mansión (o Caer Minloch, como tendría que llamarla a partir de entonces) parecía tan vieja como un crómlech, pero se mantenía en pie en un amplio y brumoso páramo, tan propio de las Hébridas como la imaginación de mi poeta favorito, lord Byron. Era un edificio de dos plantas saturado de chimeneas, más de las que cabalmente hacen falta para conferir un aspecto siniestro a cualquier mansión. Tenía un porche señorial con altas columnas invadidas de enredadera, y unas ventanas estrechas, acabadas en punta, que el aire del páramo había pintado de cien colores indeterminados. A su alrededor, la tierra se extendía en todas direcciones como una planicie yerma, infectada de hierba raquílica, hasta diluirse en el mar hacia el este y trocarse paulatinamente en las cañadas del Cullin al oeste.

Entonces comprendí por qué asomaba el miedo a la voz de los marineros cuando nombraban aquellos lugares. Ni lord Byron habría encontrado el solaz necesario para componer su oda a la bestia de los Alpes en un sitio tan macabro.²

—¿Y bien? ¿Qué os parece? Es grande, ¿verdad?

La sensación ominosa del lugar nos tenía anonadadas. No era tanto la casa en sí como su relación con el entorno: el verla allí plantada, en medio de la nada, como si su constructor hubiese sido un hombre tan deseoso de aislamiento como el ermitaño del Cullin, sólo que no estaba dispuesto a prescindir de las comodidades de una clase social aventajada.

El carro nos dejó frente a la escalinata del porche. El sol era apenas un fulgor entrevisto en las nubes, por lo que en el interior de la mansión se hacía necesario encender quinqués para iluminar las habitaciones. Distinguí el parpadeo de varios candeleros tras las ventanas de la planta baja, y seguí uno con la vista. Uno que, atravesando el recibidor, llegó hasta la puerta de entrada y la abrió.

—¡Qué maravilla que hayan llegado tan pronto! —dijo la mujer que apareció en el umbral. Vestía como un ama de llaves y poseía una cara redonda, graciosa, moldeada a partir de una naranja—. Un pastor nos dijo que había divisado unas velas por el sur, pero no sabía si se trataba de su barco.

Padre nos presentó a la mujer. Se llamaba Delphine, y aunque su nombre pudiera sonar tranquilizadamente francés, por su acento se deducía que era más escocesa que la niebla que nos clavaba las garras.

—¡Por todos los pasajes censurados de la Biblia, si está empapada, señorita! —exclamó al verme—. ¿Cómo ha permitido que la muchacha viaje en este estado? —regañó a Padre con una insólita familiaridad. Éste se sonrojó.

—Es cierto. Encárguese de que las damas estén calientes, por favor —le pidió—. Y diga a los criados que preparen la habitación de mi hijo.

—De inmediato, señor. —Con un gesto, Delphine conjuró al resto del servicio, un grupo de chicos y chicas muy jóvenes (ni siquiera rebasaban mis dieciséis años, me dio la impresión) que salieron apelonadamente de la casa y se repartieron los bártulos. El arcón y la pianola fueron los más difíciles de bajar, pero al final pudieron meterlos entre todos en el recibidor.

—Bueno, pues yo ya he cumplido —resopló Freys, y le tendió la mano a Padre—. Encantado de haberlo visto otra vez, señor Donovan. Espero que no pasen mucho frío hasta que llegue la primavera.

Padre le devolvió el apretón.

—El placer es mío, Freys. ¿Cuánto tiempo se quedará en la isla?

—Iré y vendré con frecuencia. Alguien tiene que cuidar de esa antorcha mal instalada o crearemos un nuevo mar de los Sargazos. —Entendí que se refería al faro, cuya luz flotaba como un fuego feérico sobre las colinas del sur—. De todos modos pienso instalarme en Mallaig, así que no andaré lejos. ¡Señoras, el domingo habrá servicio del pastor Tinker, por si quieren venir! Y ha anunciado un discurso realmente polémico, por lo que la iglesia estará a rebosar. ¡No se lo pierdan!

Sin esperar contestación, azuzó de nuevo al pobre jamelgo y se marchó, dejándonos al cuidado de los criados. Padre los había contratado en sus viajes previos a la isla, a la vez que hacía los trámites para adquirir la mansión, y ya los conocía como mínimo por sus caras.

—¿Por qué insistes en preguntarle cuánto se va a quedar, Padre? —inquirí.

—Porque están desalojando la isla, hija —respondió sin demasiado énfasis. Sus palabras, sin embargo, provocaron un hondo escalofrío en mi pecho. Ya estábamos a buen recaudo en el enorme recibidor de la casa, pero la temperatura no había subido ni un grado.

—¿Que la están desalojando? —repetí, aturdida—. ¿Por qué?

—El gobierno va a destinarla a la cría de ganado. Pero no te preocupes, los pastores estarán en todo momento rondando por los prados, y ya has visto que hay un servicio de barcas que podemos contratar para que nos lleve a Mallaig.

Me quedé estupefacta.

O sea, que no sólo nos veníamos a vivir a un lugar olvidado de Dios, sino que encima nos dejaban solos. Completamente solos en aquella isla horrible, sin más compañía que unos rebaños de ovejas.

Estaba tan ocupada con mi congoja que no me di cuenta de que una de las chicas se acercaba al hatillo de mantas que alguien había depositado en una cómoda.

—¿Esto es para la cocina...? —preguntó, desliándolas un poco.

Su chillido nos puso los pelos de punta. La joven comprendió de inmediato la situación, pero era demasiado tarde para guardar el decoro. Sus mejillas desaparecieron bajo capas de rubor.

—Lo siento —dijo, azorada—. Yo... no sabía...

Padre la calmó dándole unas palmadas en el hombro y cogió a Isaiah en brazos, volviendo a cubrirlo con ternura. De las profundidades del hatillo llegaba algo así como una risita ahogada, a la vez inocente como la de un niño y afligida como la de un anciano. Mi hermano encontraba una maligna diversión en el efecto que su rostro producía en la gente.

—Lo subiré a su habitación —dijo Padre—. Delphine, si es tan amable...

—En seguida estará el baño, señor —puntualizó el ama de llaves, lanzándole una mirada furibunda a la joven criada. «Ya ajustaremos cuentas después», pareció prometerle. Chasqueó los dedos y los sirvientes desaparecieron como por ensalmo por diferentes puertas, cada uno con su propio abanico de tareas. Parecía gente competente y muy dedicada, pese a su juventud.

Padre desapareció escaleras arriba. Yo me dejé guiar a otra de las habitaciones, una alcoba suntuosa contigua a la de Madre, para que las chicas me ayudasen a cambiarme de ropa. El

vapor que salía de una tinaja auguraba un rápido olvido de los pesares del viaje.

La falda petrificada desapareció, y también el corsé y la blusa. Las dos muchachas se volvieron cuando me desprendí del último estrato de ropa y me sumergí despacio en el líquido. Por Dios, cómo ardía, pero era un suplicio tan agradable que no me importó sufrirlo en silencio.

El cálido abrazo del agua me fue sumergiendo en un estado de placidez bovina. Nunca mejor dicho, dado quiénes serían nuestros vecinos en el futuro. Por un lado me atenazaba el rencor hacia Padre, que tenía en la cabeza un esquema clarísimo de cómo funcionaba el mundo y qué era lo mejor para su familia (aunque no coincidiera en absoluto con el mío), y por otro la curiosidad hacia el pequeño universo de misterios que se abría ante mí. No habíamos hecho más que desembarcar y ya me venía a la cabeza una y otra vez la figura del rebelde presbítero, expulsado de la Iglesia por sus discursos atrevidos. Un hombre de fe condenado a vivir como un salvaje.

¿Qué audaz teoría se habría arriesgado a defender con tanto ímpetu como para que los ancianos decidieran que era más útil fuera del templo que dentro?

Seguro que Madre y el aya no dormirían en paz hasta que Padre contratase el dichoso servicio de barcas, que viniera a recogerlas puntualmente para asistir al oficio de Mallaig. Y yo tendría que ir con ellas, por supuesto, ataviada con mis mejores galas. Aunque Madre lo tildaría de blasfemia si oyese a alguien decirlo en voz alta, estaba claro que no había sermón que sus piadosos oídos no hubiesen escuchado una y mil veces. Y no hablémos de mi abuela, tan curtida en los vericuetos de la Biblia que hasta se permitía el lujo de corregir en voz baja a los presbíteros, cómodamente sentada en su banco, cuando éstos cometían algún error citando las Escrituras.

Ambas sabían de sobra lo que era en realidad la iglesia: una especie de concilio social donde los asistentes venían a lucir sus modelos importados del continente, juzgar los de los demás y deshacerse en chismorreos, pasar la tarde hasta la llegada de la cena o, directamente, buscar pretendientes. Éste era el principal objetivo de Madre: sabía que una chica de buena cuna como yo no tendría problemas en coleccionar suplicantes, pero no iba a hacerlo en cualquier lugar. Las tabernas estaban prohibidas para alguien de mi alcurnia, y también las plazas y los mercados.

Por otro lado, aquí no había salones de té ni teatros de música a los que recurrir, así que sólo quedaban los templos. Ningún caballero de renombre osaría abandonarlos antes de haber concluido la ceremonia, o en cualquier caso, de haber asperjado con agua bendita. Eso nos daría el tiempo suficiente para valorar el talante y los modos de cada cual.

Casi pude escuchar los engranajes articulando en la cabeza de Madre a través de la pared, decidiendo cuál sería el conjunto más apropiado para presentarme en sociedad. El domingo estaba más cerca de lo que parecía, y teníamos que ir tomando sin perder tiempo una serie de decisiones. No sabíamos qué grado de elegancia lucirían las mujeres de Escocia, por norma general, así que habría que pactar un término medio: ni tan rocamboloso como para resultar ridículo, ni tan simple como para pasar desapercibida.

Seguro que Madre encontraría el punto medio; era una verdadera experta cuando se trataba de calibrar las apariencias.

–Niña –llamé. La más joven de las asistentes, que no debía de tener más de doce o trece años, se volvió con la cabeza baja. Me tapé los pechos con un brazo y señalé un estante de mármol que surgía de la pared, donde descansaban unas ampollas con esencias–. Alcánzame la de color rosa, por favor.

La joven obedeció, tendiéndome el frasquito desde la distancia máxima a la que llegaba su brazo. Era bastante bonita de cara, aunque sus caderas apuntaban a ensanchar tanto cuando fuese mayor que tendría problemas con los polisonos. Eso sí, sería una estupenda criadora de niños.

–Rosa no propio dormir –dijo, timorata–. *Sahij mahdaja*, mejor para misa. Dormir *paigott* pétalos azahar. –Extendió un dedo hacia otro de los frasquitos, de color turquesa.

Lancé una mirada interrogativa a su compañera.

–Ella no habla normal –explicó–. Dicen que se crió en un monasterio, cerca del *loch* Morar. Los monjes que la educaron no supieron enseñarle a distinguir entre el latín, el inglés y otros dialectos que se hablaban allí. La pobre sólo aprendió unas cuantas palabras de cada idioma, y así se quedó.

–Tradúceme, si no te importa.

–Sí, señora. Dice que la esencia del frasco rosa no ayuda a dormir, sino que se recomienda para armonizar la mente con los salmos de la Biblia. La de azahar, por el contrario, es relajante.

–Pues elijo ésa, entonces. –La niña obedeció, rociando con

un chorrito de azahar el agua de la tinaja. Tenía un aroma dulzón-. Por cierto, ¿lleváis mucho tiempo aquí?

-No, señora. Nos contrató el señor hará tres meses. Yo soy de un pueblo cercano a Mallaig. -Abrazó a la más pequeña como si fuese su hermana, aunque no se parecían en lo más mínimo-. Ella es Dulsie, y yo Mary.

-¿No habíais estado antes aquí?

-¿En esta casa? Sí, ya le digo que llevamos acondicionándola varias semanas, pero...

La interrumpí.

-Me refiero a la isla. ¿Habéis oído las historias que se cuentan sobre ella?

Las muchachas cruzaron una mirada que no me pasó desapercibida. Me sonó a inquietud, pero como no era experta en el lenguaje gestual escocés, sino en el galo (orientado hacia otro tipo de mensajes, otra clase de cortesía social), no podría asegurarlo.

-El ermitaño -las animé, dándoles un pie de estrofa.

Mary sacó de no se sabe dónde una labor y comenzó a plantar grandes puntadas irregulares en un chal. Se notaba que era una adolescente inquieta, incapaz de dejar pasar el tiempo sin aprovecharlo de alguna manera.

-Nunca lo hemos visto, pero dicen que habita en la cara oeste del Cullin, un lugar muy frío. Los vientos del invierno pueden hacer crujir las piedras allí. Imagínese lo que le harían a un hombre.

-¿Acaso no baja al faro a comprar suministros?

Mary asintió.

-Muy de vez en cuando, pero nunca hemos coincidido. Dicen que fue expulsado de la comunidad por sus ideas, un tanto radicales. Mi padre escuchó en una ocasión uno de sus discursos, y me dijo que era difícil distinguir si quien hablaba por aquella boca era Dios o el Diablo.

Ajá, acabábamos de llegar a un punto que me intrigaba muchísimo.

-¿Sobre qué versaban? -pregunté, como quien no quiere la cosa. La criada bajó tanto la voz que apenas la oí.

-Pues... dicen que... sobre el acto.

-¿El acto? -fruncí el ceño.

-Sí, ya me entiende. Las connotaciones espirituales del... acto. -Sus dedos insinuaron un acoplamiento un tanto indecoroso entre varios cuerpos-. Y cómo está relacionado con la actitud de las bestias y de todos los seres de la Creación.

–Aaahhh... –musité. Comenzaba a entender de qué iba aquello. No era de extrañar que los ancianos se hubiesen enfadado con aquel pastor insolente si «ése» era el tema central de sus sermones, por religioso que fuera el enfoque.

Eso me dio que pensar el resto de la noche. Despedí a las criadas y disfruté del baño en soledad hasta que el calor se evaporó y mis dedos agusanados comenzaron a bailar solos. Salí y me enrollé en una bata. No había relojes en la alcoba, pero por lo oscuro que estaba fuera, deduje que la hora de cenar llegaría pronto.

No había que retrasarla demasiado, porque según la costumbre de mi familia, dentro de muy poco comenzaría la hora de los gritos.